

**REAL ACADEMIA MALLOQUINA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS**  
**En colaboración con la ASSOCIACIÓ AMICS DE L'ARXIDUC**

## **Conferencia**

***“S’Arxiduc, referent de l’imaginari illenc”***

**a cargo de la:**

**Excma. Dra. Carme Riera Guilera,  
de la Real Academia Española.**

**Viernes 7 de febrero, acto inaugural:**

**Lugar de celebración: Salón de actos de Can Campaner 4**

**Hora: 20 horas.**

Antes que nada quiero dar mis más efusivas gracias a la Reial Acadèmia Mallorquina d'Estudis Històrics y a los Amics del Archiduc por haberme invitado a participar en este ciclo de conferencias, organizadas con motivo de la conmemoración de la muerte del archiduque, y de manera especial a su presidente, mi amigo Román Piña Homs.

Vaya por delante que no he realizado ninguna tesis doctoral sobre el archiduque, como algunos de los conferenciantes que tendrán el placer de escuchar en este ciclo de homenaje a Luis Salvador de Habsburgo, pero desde pequeña he oído hablar de él como de alguien cercano, convertido en un personaje del imaginario isleño, en una referencia tan nuestra, tan mallorquina como habitual. En mi caso, además, se añade el hecho de que mi infancia fue en parte y en cierta medida *deianenca*, puesto que con mi familia pasaba, en Sa Marineta —la casa está entre Son Marroig y Sa Pedrissa—, en tierras que habían pertenecido al archiduque, varios meses al año, concretamente desde junio hasta octubre, además de todos los domingos de invierno.

En aquella época, me refiero a los años cincuenta y sesenta, entre la gente de Valldemossa y Deià el archiduque, a pesar de que había muerto en 1915, constituía una presencia cotidiana. Las anécdotas sobre su vida permanecían todavía vivas entre la gente del pueblo. Había quién contaba que le había conocido de niño o de joven y los que no le habían conocido en persona sí tenían alguien de la familia que podía dar testimonio de cómo era, qué decía, qué hacía, qué le gustaba o le desagradaba.

El personaje, por lo que tenía de extraordinario, servía para llenar con referencias, ciertas o inventadas, las largas veladas de invierno en una época en la que la televisión no había sido todavía entronizada como altar, alrededor del cual se orienta la vida familiar, que por eso mismo hoy es una vida familiar trapense, esto es, muda o casi muda. Por el contrario, en la Mallorca de mitad del siglo pasado contar u oír contar era el elemento fundamental sobre el que giraba la vida de la familia enraizada en la cultura oral y por eso personajes como el archiduque, de los que se contaba y nunca se acababa, servían para poder matar el tiempo en las largas veladas de invierno de manera mucho más agradable y entretenida. Recordaré, de pasada que la electricidad, *sa elèctrica*, no llegó, en muchos lugares de la isla, hasta los años 60 y los relatos y narraciones de unos y otros servían para acortar las largas horas de oscuridad solo quebrada, a menudo, por la débil luz de un candil.

Entre las historias que se contaban recuerdo muy bien las que versaban sobre el archiduque, que muy pronto mitificadas adquirieron proporciones legendarias y como leyendas comenzaron a formar parte de la tradición. No era para menos. Porque por aquella época en que el archiduque desembarcó por segunda vez en Mallorca, abandonado su nombre falso conde de Neudorf, muy pocos por no decir nadie, entre los isleños, se había topado con un príncipe de verdad, un príncipe de carne y hueso, que iba y venía con toda la sencillez del mundo a pesar de ser Su Alteza Imperial.

Los mallorquines de la época, desde el más humilde carbonero hasta el noble de linaje más linajudo, habían imaginado sin duda que los príncipes y más todavía los que pertenecían a la Casa Imperial austro-húngara, irían vestidos de veintiún botón, altivos y majestuosos, andarían seguidos por un cortejo de lo más morrocotudo formado por gentilhombres, chambelanes, camareros e incluso —¿por qué no?— bufones. La percepción que podían tener de la realeza era del todo imaginaria, quizás no está de más recordar que visitas real a lo largo de la historia de Mallorca hasta la época en que llegó el archiduque solo hubo dos, la del emperador Carlos V en 1541, y la de Isabel II en 1860, y no generaron leyendas. El único personaje de estirpe real que alimenta las tradiciones que pasan de boca a oreja es el rey En Jaume y de este se recuerda también el talante sencillo y su afabilidad con la gente campesina. A guisa de muestra recordaré solo que el nombre de Bendinat proviene de la anécdota que yo escuché de pequeña: el rey muerto de hambre le pide algo de comer a unos labradores que solamente tienen sopas o pan y ajos —eso varía según quien lo transmite— y se lo ofrecen. El rey lo engulle muy contento y al acabar, agradecido, dice: *be hem dinat* (hemos comido bien).

Miguel de los Sants Oliver, en un artículo publicado con ocasión de la muerte del archiduque, recogido después en *Hojas del sábado*, se refería precisamente a la ligazón del príncipe con Mallorca a través de la percepción que genera en la gente (pág. 263)

Del archiduque todo lo que yo oí contar era positivo, nunca en las conversaciones que escuché se mencionaron hechos de una vida más o menos escandalosa, ni se habló de una sensualidad principesca, quiero decir ubérrima y decididamente promiscua, dirigida tanto hacia uno u otro sexo, como ha querido destacar una biografía publicada en 1994, infecta por cierto desde cualquier punto de vista, considerándolo el elemento clave de la personalidad de Luis Salvador.

Incluso el que no fuera muy aficionado al aseo y le importara poco andar con lamparones o mal vestido, no era considerado un defecto sino uno de los rasgos de su carácter sencillo,

nada pendiente de las formalidades y las apariencias. El archiduque sabía que solo a los auténticamente poderosos les es permitido parecer miserables, que los príncipes verdaderos son de lo más parecidos a los leñadores, carboneros o pescadores, por eso el montón de anécdotas verdaderas o apócrifas sobre la cuestión de la apariencia engañosa de Luis Salvador, ligadas todas ellas al aspecto poco esmerado de su ropa son las más difundidas. A las muchísimas que recogen sus biógrafos puedo añadir un par que le escuché contar a mi abuela que sí había conocido personalmente al archiduque porque el bisabuelo, Eusebio Estada, ingeniero de caminos y miembro de la Sociedad de Amigos del País, le trataba bastante- Eusebio Estada formaba parte del grupo de mallorquines que ayudaron con sus conocimientos sobre cuestiones isleñas a las investigaciones archiduciales que culminan en *Die Balearen*, unos volúmenes, que firmados exclusivamente por el archiduque, son, en realidad, producto de una colaboración entre diversas personas de fuera de Mallorca pero también de Mallorca, cuyos nombres han quedado diluidos entre las líneas de la obra magna de Luis Salvador, pero que demuestran, como en el caso de Jovellanos, tal y como ya puso de manifiesto la profesora Tugores Fiol, que la aportación del grupo ilustrado isleño, contribuyó poderosamente al buen trabajo del autor ilustrado.

Mi abuela me contaba, como un día que el archiduque fue a su casa a visitar a su padre, la doncella que le abrió la puerta no le dejó pasar.

—Vengo a ver don Eusebio le dijo un hombre mal vestido, que llevaba una gorra grasienta en la mano y parecía un pobre marinero.

— *Es senyor no vos rebrà ja podéu partir.* (El señor no os recibirá, ya podéis marcharos) —Le dijo Maria.

—Me dijo que me recibiría hoy a las doce, puntualizó el hombre sucio, sin darse a conocer, somos amigos insistió, condescendiente y como siempre divertido con la situación que generaba su presencia.

—Qué vais a ser amigos —le respondió la descarada muchacha— ¡Hala!, ya podéis marcharos más deprisa que corriendo —volvió a repetirle.

—No puedo irme, tengo que preguntarle a don Eusebio si puedo dormir en el faro...

La explicación del motivo de la visita aumentó la sospecha de María de que era un pobre marinero llegado de *parte o banda*, expresión que solía endilgar viniera a cuento o no.

Afortunadamente, la bisabuela se dio cuenta de lo que ocurría y entró en la antesala haciendo reverencias y pidiendo excusas, e hizo pasar a Su Alteza Imperial y mandó a la muchacha a avisar a su marido, que como siempre estaba trabajando en su despacho, para que saliera a cumplimentar al archiduque, ya que este les hacía el gran e inmerecido honor de ir a visitarles.

Creo que fue ese mismo día cuando Luis Salvador preguntó a la bisabuela si sabría adivinar cuántos pantalones tenía.

—Muchísimos, alteza, dijo ella, seis docenas por lo menos

El archiduque se rió...

—Estos, solo unos, los que llevo puestos

La manera descuidada —el torpe aliño indumentario— con el cual Antonio Machado se caracterizó en un poema, también de él contaba JRJ que un día que lo fue a ver a Segovia llevaba un macarrón colgado de la solapa y sobre la silla que le ofreció campaba un huevo frito- sirve para nutrir con anécdotas en general mucho más sabrosas, divertidas y exageradas las biografías, mucho más aun que si se trata de personas que hacen de la elegancia y el atildamiento un rasgo fundamental entre los de su personalidad.

Helga Schwendinger, recoge en las primeras páginas de su libro, fruto de una tesis de licenciatura y otra doctoral, tres citas sobre la personalidad del archiduque. La primera de Emil Franzel, la segunda de Ergon Caeser y la tercera de su sobrino, Leopoldo Wolfling. Las tres coinciden en que una de las características del archiduque es que siempre va mal vestido. Luisa de Toscana sobrina suya se atreve incluso a describir su indumentaria: «Vive como un campesino, vistiendo solo sandalias y unos anchos pantalones de lino». Y la Princesa Estefanía asegura que aparecía tan desastrado que producía general consternación; su barba y su pelo se mostraban completamente descuidados cayendo en largas greñas. (p.17)

Ese archiducal desaliño constituye la primera fuente de anécdotas que nutrirán el imaginario isleño, muchas de ellas ligadas a la confusión que su aspecto provoca. La doncella de la abuela lo tomó por un marinero. También muchas otras veces le tomaron por alguien de ese oficio, otras fue considerado un cocinero dadas las manchas que lucía, o un jornalero y siempre un don nadie. Un pobre hombre, al que un carretero pide ayuda porque una rueda de carro se ha quedado encallada entre Son Marroig y Sa Marineta, o subiendo S'estret de Valldemossa, o la mula que tira de él se ha caído, dependiendo de la versión, igual que también varía el lugar -y el carretero, que a solas no puede ni desencallar la rueda ni levantar la mula o el caballo, y solicita ayuda, le paga con una moneda. Una moneda que enmarcada —dicen— se conservaba en Miramar, a pesar de que, como recuerda Gaspar Sabater en su

libro sobre el archiduque y lo toma de Ferrer Gibert<sup>1</sup> nadie la ha visto. O quizá no la ganara ayudando a un carretero sino dejando subir a un viejo a su carro un día que venía de San Telm y, a la altura de Porto Pi, un anciano le hizo *carro-stop* y para agradecérselo, al llegar en Palma, le dio medio real. Sin embargo, lo que tiene interés de la anécdota es que el archiduque decía que aquel *moneiot* (aquella moneda) era lo único que él había ganado en su vida, fruto de su esfuerzo. Por su parte, Ferrer Gibert asegura que no dijo eso sino que el *moneot* era el único dinero que había obtenido por hacer un favor...

Si el descuido y la sencillez generan un montón de anécdotas, el otro montón las genera, el amor del archiduque por la naturaleza y su deseo de conservarla. Gaston Vuiller en *Las islas olvidadas* (1893) es el primer autor que recoge otra anécdota, que también yo había oído contar: el archiduque pagaba para que los árboles continuasen en pie y no permitía que se talara árbol alguno en sus posesiones. Podemos decir por tanto, que es el primer ecologista. Gastón Vuiller se refiere de esta manera a la situación:

“Desde el principio había recomendado a sus sirvientes y empleados que respetaran los olivos, pinos y encinas, viejos y retorcidos y agrietados pero magníficos en su pintoresca presencia y sus jirones de corteza

Pero un día, los pájaros que no cesaban de gorjear alegremente quedaron silenciosos, mientras estremecían los alrededores los golpes resonantes de unos hachazos que resonaban a lo lejos en la profundidad de los bosques. En una propiedad colindante con Miramar un mallorquín abatía un árbol centenario: tenía derecho. Para detener su vandalismo el archiduque pagó mucho para comprar toda la propiedad del campesino.

Días más tarde volvió a producirse lo mismo del otro lado de Miramar: el archiduque volvió a comprar. Y llegó un momento que conocidos estos hechos, el príncipe ya no podía abrir la ventana por la mañana sin oír por todos lados hachazos encarnizándose con árboles gigantes.

Así, progresivamente y casi sin sospecharlo, dedicó millones a la compra de las bellezas de aquella maravillosa costa y al reposo de los grandes árboles que mueren lentamente de vejez inclinándose sobre las aguas”.

---

<sup>1</sup> *El archiduque Luis Salvador en Mallorca*, Ed. Vich, 1943, págs. 49-50.

También Santiago Rusiñol en la *Illa de la calma* (1913), tres elogiar al archiduque, pergeña su retrato de un modo absolutamente positivo:

Avui dia l'Arxiduc és un home de seixanta anys. És un príncep que viu retirat, en plena contemplació. No mira la roba; no mira els títols.; és un home que es creu ben home. Un l'interessa, s'hi apropa i li allarga una mà gruixuda. Té ulls blaus i cabell ros del Nord; però el sol de la serra i del mar li ha patinat el rostre, amb morenor de penya daurada. A casa seva, obre les portes als caminants i als pelegrins. Escriu, mira el mar i contempla, car sols un gran contemplatiu pot deixar la seva pàtria i les vanitats de la cort i les sumptuositats del luxe per a escollir-ne una de nova i arribar a parlar sa llengua, i no per un mes, com a turista, sinó quaranta anys de vida, i arrelar-se, en contemplació, com un roure d'aquestes serres.

Per fer tot això, s'ha d'ésser un gran senyor de l'esperit, i l'Arxiduc Luis Salvador ho és de naixença, però més ho és d'ànima.

Y concluye:

Quan es veu un lloc descuidat, que té belleses naturals, se sol dir:

— Si això fos dels anglesos...!

Es diria millor dient:

— Si això fos de l'Arxiduc...!

Ésser dels anglesos, un bell lloc, vol dir fer-hi funiculars, hotels, cases d'avorrir-se i destruir-ne l'hermosura, i ésser de l'Arxiduc vol dir cuidar amb amor de civilització lo que ha fet la naturalesa.

Y más adelante en los artículos de «Desde Mallorca», publicados en la *Esquella de la Torratxa* en 1919, en el titulado «La muerte de Miramar» se refiere con tristeza a la tala de árboles de los bosques de Miramar. Vale la pena leerlo, porque me parece que del texto de don Santiago podemos sacar toda juntos alguna lección.

Todavía hay un tercera fuente de anécdotas: el amor del archiduque por los animales nos proporciona otras muchas, desde el indulto del gallo valldemosino hasta el hecho de que la Nixe<sup>2</sup> pareciera el arca de Noé, porque allí se embarcaban, junto a la pequeña corte del

---

<sup>2</sup> En Son Marroig, doña Aina, la segunda esposa de don Antonio Vives, el fiel secretario del archiduque, a la que yo conocí cuando ya era una viejecita magnífica que hablaba de Venecia y de Tierra Santa, como quien habla del día que hace, y aseguraba «no hay nada mejor que comer en una fonda»; y en lugar de

archiduque, perros, gatos, gallinas, cabras e incluso caballos. Algo que no me parece verosímil, pero que forma parte ya de la leyenda. Pero más importante que la anécdota del gallo que fue exonerado de la muerte y sustituido por una olla a la que los muchachos podían derribar a golpes, gracias al archiduque, que impidió que el gallo fuera sacrificado a palos, o la conversión de la Nixe en arca de Noé, es —me parece— la del buitre de Miramar por el rédito literario que ha obtenido.

Cuentan que unos chicos robaron del nido un pequeño buitre y se lo regalaron al archiduque, que lo metió en una jaula en Miramar, donde creció y vivió hasta que, tras la muerte de Luis Salvador, fue donado al zoo de Barcelona. Se cuenta que cuidaba del buitre una mujer, que tenía como misión principal encargarse de su bienestar. La anécdota del buitre propició la creación de una serie de textos literarios, de manera que el buitre pasó casi en seguida desde del imaginario tradicional a servir de inspiración a escritores como Miquel de los Sants Oliver, Gabriel Alomar y Joan Alcover, que le dedicaron poemas. El de Oliver es un soneto en alejandrinos:

#### A UN VOLTOR ENGABIAT A MIRAMAR

Tancat en curta gàbia, fermat a la cadena,  
sospira per l'altura sens terme ni aturai:  
d'immensos panorames sa vista encara és plena,  
ses plomes són humides de l'èter de l'esplai.

Al cèrcol dels qui es befén altiu gira l'esquena:  
no mirarà l'oruga qui el sol veu amb esglai;  
emperador dels aires caigut a Santa Elena,  
dins llot mulla ses ales, que no es reteren mai.

Així també d'ingeni, voltat de gents mesquines,  
com una afronta amaga les ales gegantines  
indiferent, sens llàgrimes, sens ira ni gemec.

La tonteria humana convoca sos acòlits;  
i, quan no pot ferir-los, fa riure a n'els estòlids  
l'escata de ses ungles, la corba de son bec.

El de Gabriel Alomar es igualment un soneto pero de factura tradicional:

#### EL VOLTOR CAPTIU

La mar se perd enfora, en la boirina;

---

exclamar «¡Dios mío!» como todo el mundo, decía «Per Baco» o «Per Diana», doña Aina, nunca llamaba al yate del archiduque «el Nixe» sino «la Nixe», porque era una goleta.



esclata el bosc en llum i en primavera;  
d'auells una escampada renouera  
amaga entre ses fulles cada alzina.

Dels pins gegants desborda la resina  
que dins els troncs pujava presonera...  
I des del cel mirant-lo, falaguera,  
somriu al pres la llibertat divina.

Solitari, ferest, amb ràbia muda  
mira allà endins en l'hora misteriosa  
el sol ponent que dins l'abisme es llança.

I la immensa dolor desconeguda  
que va agotant sa força poderosa,  
de Prometeu consuma la venjança.

Y finalmente el más conocido y reconocido, el magnífico poema de Joan Alcover, que tras las huellas del «Albatros» de Baudelaire, transciende de manera maravillosa la simple anécdota del buitre archiducal y la convierte para siempre jamás en literatura.

#### EL VOLTOR DE MIRAMAR

¿És ver que val la pena de plànyer mon silenci  
¿És ver que m'aconselles, Heliodor, que llenci,  
per recobrar ma lira, la toga de lletrat,  
i el nodriment rebutgi d'auell engabiat?

Un jorn, de sang vermella tenyint una clapissa  
baixava de l'altura del Teix, llenegadissa,  
un jovencell que havia caçat un voltor viu;  
a costa de sa vida el davallà del niu.  
Criada entre les boires que l'aspre cim esqueixa  
conserva l'au salvatge la majestat del néixer,  
i presa dins la gàbia del parc de l'Arxiduc,  
els mons se reflecteixen a dins son ull mig cluc  
el cel, la nit, el dia, la calma, la tempesta,  
la barba de la serra i sa pelada testa,  
la mística llanterna que s'alça com un far,  
el ritme que davalla de la pineda al mar...

Com un sultan asmàtic que enmig de son imperi  
del reuma i la pruaga sofreix el captiveri  
i el coll ruat enfonya dins una pell de mart,  
així el voltor s'arrufa, sense girar l'esguard  
a la sublim onada que baixa de l'altura  
com un alè que eixampla el pit de la natura  
fins a les grans marines que es baden a l'entorn.  
La vianda li serveixen tres voltes cada jorn,  
i sols llavors les ungles del botador desferra  
i, descloent les ales, se deixa caure en terra,  
i del toisó de plomes estira son coll nuu

fins a la carn sagnosa que el missatger li duu.

I passen els poetes i canten la tragedia  
del presoner, vlvenda encarnació del tedi,  
qui sembla condormir-se en el llunyà record  
de l'ombra d'unes ales sobre la neu del Nord.

—”¡Com deuen acorar-te l'enyorament, l'enveja  
del núvol que rodola, de l'au que volateja,  
la febre de carnatge, la set de llibertat,  
l'afronta d'un presidi de rei exonerat!  
Ah! si ta porta obrissin... Amb la primera fua,  
per recobrar ton trono sobre la penya nua,  
als núvols pujaries, com Bonapart ho féu,  
tornant de l'illa d'Elba al capitolí seu!”

Això els poetes diuen, és il·lusió. La ràbia  
de l'hèroe qui mossega els ferros de sa gàbia,  
arriba a esmortuir-se dins l'habitud servil,  
i l'àguila es fa ximple i l'home torna vil.  
Bé ho sap la criatura crònicament sotmesa:  
no és bo per ésser lliure qui a ser esclau s'avesa.  
Els ossos se rovellen i l'esperit també.  
¿Vol llibertat i il·lustre voltor?... Doncs ja la té.

No es mou; hem d'arruixar-lo per a lograr que surta;  
prova d'alçar-se, pega una volada curta, i cau;  
en pega una altra i es posa a un turó.

Passa la nit. Els hèroes no van al refetor...  
Rastreja una llocada, perquè té fam el pobre,  
i un nin, a cops de canya, per allunyar-lo sobra;  
i es troba, si la flaire d'un ase mort l'atreu,  
que altres hereus del monstre botxí de Prometeu  
deixaren, atapint-se, ben neta la carcassa;  
mes ell, per arribar-hi a temps, ha trigat massa.  
Ja no és per ell la glòria d'omplir el seu gavatx  
amb tràgiques despulles de brega i de naufrag  
com els facinerosos de sa nissaga ardida.  
I sent que la campana de Trinitat el crida,  
i, fent la torniola, s'acosta a sa presó,  
i dins la gàbia espera l'arxiducal racció.

“Tu, mestre, que an el coure li saps donar l'aspecte  
de l'or amb la llum viva d'un generós afecte;  
tu, que a ma pobra musa dediques mots suaus  
i de la mà la'm portes perquè facem les paus;  
tu, que de prop coneixes la càrrega feixuga  
que l'esperit enrampa i el pensament eixuga,  
Heliodor, ¿saps ara per què no puc sortir  
de la presó perpètua que tanca mon albir?

No és bo per a ésser lliure qui a servitud s'avesa...  
Sense tenir les ales de l'hoste de Sa Altesa,  
jo bé volar voldria pels horitzons de l'art,

mes, per emancipar-me de mon ofici..., és tard.

Las anécdotas sobre animales convertidas después en fuente literaria no se agotan con el buitre, también los perros de Sa Estaca nutrirán otros textos. Según algunos biógrafos eran San Bernardos. Sin embargo, según Helda Schwendinger, no se trataba de San Bernardos sino de dogos. Yo oí contar que eran *cans de bou* mallorquines. Contrariamente a lo que ocurre con el buitre, cuya relevancia lírica acabamos de ver gracias a las tres composiciones citadas, los perros que el archiduque criaba a Sa Estaca no son objeto de ningún texto poético sino prosístico y la mirada que se proyecta sobre ellos no es trascendente ni reflexiva ni heroica, como la que aporta Alcover, sino irónica, terriblemente irónica, casi sarcástica, como podemos leer en dos novelas *Mort de dama*, (1954) y *El oro de Mallorca* (1926).

En la primera los perros centran el diálogo entre doña Obdulia de Montcada y el archiduque —«el archiduque que hiede»—, ocupando una pequeña secuencia del baile del Círculo. Villalonga hace que Luis Salvador aparezca en una *soiré* del Círculo, cosa por otro lado muy improbable, ya que su alteza no frecuentaba los bailes, aunque podía —eso sí— usar la biblioteca del casino, pero nada más. Villalonga en el capítulo III, subtítulo «30 años atrás», que incorpora en la tercera edición de la novela en 1954, por lo tanto 23 años después de la de 1931, que es la primera, hace que retrocedamos a 1890, época en la que Obdulia era una dama opulenta, «*plantosíssima*», para que el archiduque entre en escena. El archiduque que nos presenta Villalonga era, según descripción del autor:

Un príncep llunàtic, fuit de la cort de Francesc Josep per cercar el sol i la llibertat de la Mediterrània. Les oscil·lacions del seu cor esburbat i romàntic no l'impedien els estudis seriosos i les investigacions científiques a l'alemanya. L'arxiduc arribà per primera vegada a Mallorca l'any 1867 viatjant d'incògnit sota el nom de comte de Neudorf. Al cap de dos anys ja havia publicat els primers toms de les incommensurables *Die Balearen*. Treballava fort i feia treballar als seus secretaris.

En la tercera edición añadió además una página después suprimida, en la que se refiere a uno de esos secretarios, Viborny, para contar, probablemente tomándola de la biografía de Bartomeu Ferrà, la muerte del secretario malcriado.

Después de la tarjeta de presentación, vemos al archiduque en escena, contestando al saludo de doña Obdulia:

— Bona nit tanga, Altesa  
— Encantat de saludar-la senyora. Com se troba? Sempre tan bella, tan desmesurada...

Ese «desmesurada», no del todo correcto, permite a Villalonga hacer una especie de acotación: «l'arxiduc parlava totes les llengües del món, però no dominava els adjectius».

Y para que los lectores se den cuenta, añade en boca del príncipe:

Com li agrada aquesta festa? Dones pretioses, no és així? D'on es deriva el vocable? De *pretty* tal vegada? —prosseguia en un lloable afany d'aprendre. Però dona Obdulia no sentia interès per la filologia.

El desinterés filológico de la señora le lleva a conducir la conversación apenas iniciada hacia otro camino mucho más truculento: la desgracia de un campesino devorado por los perros del archiduque... Precisamente la nueva raza que ha querido crear el archiduque ha sido, —Villalonga hace que lo diga el propio archiduque— «un acoplamiento desgraciado». «Me han salido muy *ferosos* y sin nariz. Quiero decir sin olfato».

La ironía sarcástica villalonguiana llega a su punto más alto... los perros no tienen olfato y así están dispensados de notar el mal olor que desprende el archiduque, que no se lava. Por eso la protagonista de *Mort de dama* ante la afirmación de que todos hedemos, protesta muy airadamente:

— Per l' amor de Déu, Altesa, tots no...

Para acabar echándole en cara: «Qui put es vostra altesa.»

Villalonga califica al archiduque de lunático, de corazón «*esburbat*» (atolondrado) y de romántico, a pesar de que todo eso no le haya impedido ni los estudios serios ni las investigaciones científicas a la alemana. Ese «a la alemana», en boca del narrador, no parece demasiado encomiástico, aunque asegure que trabajaba mucho y que hacía trabajar a los secretarios... no sé si lo que quiere insinuar es que todos esos trabajos eran «de amor perdido», como en el verso de Jaime Gil de Biedma.

El archiduque, según Villalonga, habla todas las lenguas del mundo pero confunde los idiomas y se pierde en los «*imbrogli* políglotas», además su inquietud le lleva a mezclar razas de perros... Pero es paciente y didáctico con la dama que lo considera «un penjat» (un perdido) que le quería gastar una broma, cosa que viniendo de quien venía —un Habsburgo— resultaba, en el fondo, muy amable.

¿Queda bien el archiduque en la obra de Villalonga? ¿Añade nuestro escritor algún rasgo más al estereotipo del príncipe que la tradición oral nos ha transmitido?

Me parece que no, aunque quizás Villalonga no pretendía nada más que ofrecer cuatro pinceladas caricaturescas, un apunte para redondear una página situada en 1890, un año durante el cual el archiduque viajó mucho y es poco probable que participara en una *soiré* del

círculo. Me parece que Villalonga, al escribir el capítulo de *Mort de dama* que, como he dicho, fue añadido a la edición de 1954, tuvo presente la primera novela, que, en una de nuestras lenguas catalán o castellano, utiliza al archiduque como personaje principal. Me refiero al *El oro de Mallorca* de Mario Verdaguer, publicada en 1926 y que fue la primera contribución a ese género de su autor. Verdaguer, bajo ese título tan rubeniano, nos ofrece una obra rara, intensamente culturalista y llena de referencias en clave, que transcurre en las posesiones archiducales, donde dos mujeres, Catalina Homar y la condesa Lydia han cautivado el corazón del protagonista, un joven culto e inexperto que acompaña como secretario a Francisco Bonet de los Herreros, amigo y apoderado del archiduque.

En esta novela el archiduque aparece en varias escenas en las que la actitud en la que nos lo presenta Verdaguer resulta fundamental.

Su primera aparición acontece a principios del libro, camino de Valldemossa (p. 37). Cuando los viajeros divisan el campanario de Cartuja, ven también a un gordo personaje montado en un caballo blanco: «Llevaba un vestido azul y un kepis, con visera de hule. Sus piernecillas cortas se tambaleaban en los flancos de la montura. Caballero exótico es la encarnación del bondadoso general Durakin, delicioso personaje de la novela de la condesa de Segur.»

El personaje causó una gran impresión a los del coche. Jerónima se puso seria y Pedro, quitándose el sombrero de fieltro dijo a don Francisco: —Viene el señor.

— ¿Quién es el señor?

En seguida lo sabremos Bonet se encarga de decírselo al joven: «Es el príncipe, no esperaba encontrarle por aquí»

El príncipe saludaba con la mano y comenzó a hablarnos desde lejos con voz recia:

— Es preciso que concedáis el retiro con pensión vitalicia de alfalfa a esos dos pobres rocines.

Fijémonos en que lo primero que dice el archiduque es algo referido a los animales.

Su segunda aparición, tiene lugar pocas horas después, camino de S'Estaca, entre los aullidos de los perros, esos mismos perros que se comen a un viajero que osó penetrar en la finca y del que solo dejan algunos accesorios sin engullir.

El archiduque aparece bajo su parasol rojo, rodeado de perros impacientes. “Hombres atléticos andaban desnudos por las rocas, a toque de silbato hombres atléticos y perros peludos se sumergen en el mar. La orilla queda desierta con el príncipe panzudo bajo su parasol rojo, mirando el espectáculo alegre, con infantil sonrisa (p. 59). Una sonrisa que no pierde en toda la escena ni siquiera cuando lanza una parrafada lírica sobre el mar (p. 62).

En relación con la utilización de anécdotas, me interesa observar hasta qué punto Verdaguer amplifica la del buitre, a la que dedica casi todo un capítulo, convirtiéndola en literatura. Verdaguer no alude a los chicos que roban nidos sino que inventa un origen mucho más imponente y variado para la aparición del buitre, un origen polifónico, según lo interpretan tres personajes, el propio archiduque y dos tipos estafalarios, que pertenecen a la abigarrada y extravagante corte archiducal, el griego Zaleucos y el poeta semita Zewi. Vamos a verlo.

Contada por Verdaguer, la historia del buitre ha dejado de ser poética y carece de la trascendencia de los poemas de Oliver, Alomar — quien, por cierto, da pie a Alensar, otro personaje estafalario de *El Oro de Mallorca*— y de Alcover, que deviene simbólica... El buitre de Verdaguer es una ave carroñera, vulgar y corriente, es lo que son los buitres...

Pero, a partir de la novela de Verdaguer, el archiduque se convierte en personaje de otras ficciones, Gabriel Janer Manila en *La dama de las boires* (1987) también tiene en cuenta la tradición oral y la leyenda, pero su archiduque es enfocado a ratos como un depredador o como un monstruo grotesco. En una sensata crítica del libro Pere Joan y Tous escribe que Gabriel Janer Manila:

converteix aquest noble «príncep errant» en potència que, com a altruista benefactor de gent i terres, hauria pogut inspirar un Eugène Sue, en un monstre libidinós i, de vegades, grotesc. De fet, *La dama de les boires* simbolitza moltes novel·les en una de sola perquè aquest monstre, a la manera d'un nou Gilles de Rais que recorre el camp mallorquí a la recerca de cossos joves, no només s'enquadra en la tradició dels llibertins donats a filosofar, tal com l'havia demonitzat Sade i el féu ressuscitar la literatura de fi de segle vestit de malenconia i decadència. L'arxiduc ens llega, també, el personatge de conte de fades del príncep que, transformat en bèstia per un encanteri, espera que l'alliberin. Tanmateix, a la novel·la d'en Janer Manila, l'al·lota no salva la bèstia, sinó que és na Caterina la que mor al final. És per això que «L'al·lota i la mort» hauria estat un bon títol per a la novel·la i li hauria fornit l'encant musical de les faules; això només si en el dol evocat d'en Martí l'escriptor no descrigués alhora, amb tendresa, amb una ploma cautelosament lírica, una contínua correlació simbòlica de na Caterina amb el paisatge mallorquí, terres d'una bellesa profanada, per ventura destruïda per sempre. Així s'encarna la mateixa illa en la «dama de les boires» que fou antany objecte de tots els delers, i encara avui, roman abandonada en plena mar.

A pesar de que Janer Manila opta para mostrar la otra cara del archiduque, la misma que patentiza de manera especial la biografía de Joan March, tampoco puede rehuir la referencia a la literatura oral, a la tradición que encarna el cuento de hadas.

Es preciso que vaya acabando, aunque podría seguir hasta mañana hablando del archiduque como materia novelable, y del imaginario, que desde la tradición oral pasa a las interpretaciones literarias, pero sería abusar de su paciencia.

Permítanme, sin embargo, detenerme unos instantes en un autor que por su importancia en las letras hispánicas no podemos olvidar de ninguna forma, me refiero a Rubén Darío. El poeta de Nicaragua, no conoció personalmente al archiduque, en 1906 el archiduque estaba fuera de nuestra isla y en 1913, cuando Darío vuelve, Luis Salvador ya ha abandonado su querida Mallorca para no volver jamás. Pero Darío nos habla de él en los textos escritos durante la primera estancia en Mallorca. En la «Epístola a la señora de Lugones» describe un personaje:

que las pomas de Ceres y las uvas de Baco  
cultiva, en un retiro archiducal y egregio

Un aspecto sin duda atractivo para la estética y la ética de Darío, a quien nada de lo humano le era ajeno. A eso hay que añadir que Luis Salvador era hermano del misterioso Juan Salvador que, bajo el nombre plebeyo de Juan Orth, decidió embarcarse un buen día con rumbo a los mares del Sur sin que ni de él ni de su barco se volviera tener noticia alguna. Sobre Juan Salvador, el político y periodista Eugenio Garzón publicó en 1906 el libro *Jean Orth, su huella, su carácter, su destino*, que Darío leyó con avidez e incluso reseñó.<sup>3</sup>

Al archiduque y a Ramon Llull dedica Rubén un capítulo «El imperial filósofo» en *La isla de oro* novela autobiográfica, escrita también en 1906. Darío no se sirve del anecdotario para referirse al archiduque, incluye tan solo unas referencias a su manera de vestir, “modestamente vestido” escribe, y alude a que hablaba sencillamente con la gente de la ciudad y el campo. Opone su figura «a los grandes duques rusos derrochadores de oro en los restaurantes nocturnos de París, devotos de la Santa Ruleta, tragadores de mares de champaña, únicamente preocupados del placer» (pág. 62). Y coincide con el archiduque en la exaltación del paisaje y la pasión por el mar: «Allá abajo, húmedos zafiros marinos, líricos cristales de poemas». «Allá abajo, como a la altura de dos o tres torres Eiffel, las aguas de las barcas de Homero». (p.205) [...] «Más mis entusiasmos, ante el maravilloso espectáculo, uno de los más maravillosos que puedan contemplarse sobre la faz de la tierra, convergieron a la augusta persona luminosa» del creador de Blanquerna, «por quien el archiduque se apasionó». ¿Qué mejor patrono podía escoger el archiduque para huir de la corte austríaca? se pregunta Darío.

---

<sup>3</sup> Se trata de «Jean Orth y Eugenio Garzón», Mundo Latino, Madrid, 1921 p. 129.

Aunque «muy cristiano y lulista —prosigue— no llegó, naturalmente, al misticismo del beato eminente. Hay en él algo de pagano, puesto que tiene algo de poeta. Es poeta por el amor a la naturaleza y por la filosofía» (p.212)

Un texto del propio archiduque, *Somnis d'estiu ran de mar* corrobora la opinión de Darío y con el, con las palabras del propio archiduque me gustaría acabar:

En aqueixa vora, bella entre ses més belles des Mediterrani, varen néixer aquests somnis [...] Sa contemplació de sa naturalesa presa així com és degut, ha d'esser mirada com una oració en la qual s'homo s'inclina, sumís, davant es Criador de tots aqueixos miracles. (p. 101)

[En esta orilla, bella entre las más bellas del Mediterráneo, nacieron estos sueños [...] La contemplación de la naturaleza, tomada como es debido, debe ser mirada como una oración, a través de la cual el hombre se inclina sumiso ante el Creador de todos estos milagros]

Muchas gracias.